

por todas partes á sus colegas; hoy es el objeto de conversaci3n de toda Europa. Al propio tiempo el bar3n de Werther era despedido. En la noche del 13 al 14 las medidas militares comenzaban en Prusia.»

Recargado est3 el cuadro; pero á Emilio Ollivier no le parec3a indispensable la exactitud. ¡C3mo se juega con la vida de los pueblos! Prusia esperaba tan poco la insistencia que pon3a el Gobierno franc3s en hacer de semejante incidente un caso de guerra, que se consideraba como sorprendida por Francia, del mismo modo que á su vez sorprendiera ella al Austria en 1866. Stoffel, agregado en Berl3n, escrib3a que los berlineses tem3an ver un ej3rcito franc3s dispuesto á transponer el Rh3n.

«Aqu3 reina el desorden en los 3nimos, dec3a otra vez aqu3l. Pero Ollivier no hablaba lo cierto afirmando que en la noche del 13 al 14 de Julio comenzaron en Prusia las medidas militares. La orden de movilizaci3n no lleg3 hasta el 15 por la ma3ana; pero en cambio se extend3 á toda la Alemania, y vista la urgencia, el per3odo de movilizaci3n, era para cada cuerpo de ej3rcito solamente de once d3as comprendido el 15 de Julio.

»Dentro de veinte d3as, a3ad3a Stoffel, la Prusia tendr3 en diversos puntos de nuestras fronteras varios ej3rcitos de ciento á ciento veinte mil hombres.»

La guerra no estaba, empero, declarada; fu3 el 15 de Julio en el Senado franc3s por Gramont, y en el Cuerpo legislativo por Ollivier. Traslademos aqu3, puesto que en verdad lo merece, la parte de sesi3n del d3a 15 de Julio de 1870, en que el primer ministro de Napole3n III, con una jactancia imprudente, comunic3 al Cuerpo legislativo la fatal noticia para la Francia.

*Emilio Ollivier.*—Hoy comienza para los ministros mis colegas y para m3, una gran responsabilidad. Pero la aceptamos con el coraz3n tranquilo.. (*Vivas protestas en la izquierda.*)

*Baudain.*—¡Decid entristecido!

*Esqu3ros.*—¡Teneis el coraz3n tranquilo y va á derramarse la sangre!

*Ollivier.*—S3, con el coraz3n tranquilo, y no hag3is equ3vocos con esta palabra, y no cre3is que intento decir con alegr3a; ya os he manifestado mi pesar al verme condenado á la guerra. Quiero decir con un coraz3n que el recordamiento no ha apesorado, con un coraz3n confiado, porque la guerra que va á empe3arse la sufrimos...

*Em Arago.*—¡La hac3is!

La declaraci3n de guerra fu3 recibida en el Senado con aplausos que fueron como el toque fune-

ral del imperio. Pero cuando menos, en el Cuerpo legislativo se alz3 una voz potente, autorizada, á protestar con toda su energ3a del imprudente paso que daba la Francia. Thiers, que no ignoraba las fuerzas de Alemania ni la imprevisi3n de Francia, intent3 en vano detener la mayor3a, impelida á la guerra por el Ministerio.

En vano se esforz3 en demostrar con argumentos hijos de su experiencia y de su larga pr3ctica todos los males que pod3an resultar de aquella guerra que juzgaba innecesaria.

Finalmente, los padres de la patria francesa consumaron su obra de locura votando al ministerio de la Guerra un cr3dito de cincuenta millones de francos por doscientos cuarenta y seis votos contra diez. ¡Diez diputados solamente se opon3an á una guerra emprendida con tan f3tiles pretextos! ¡Pobre Francia!

Sin embargo, el peligro era grande; algunos hombres entendidos quer3an advertir á su patria del riesgo que corr3a; pero la Francia se negaba á escuchar, ver y juzgar. «El imperio, dice Julio Claretie, sab3a bien lo que se hab3a hablado de la pretendida injuria hecha al honor nacional de un pueblo tan pronto á exaltarse y saltar contra la injuria real 3 imaginaria. Hab3a desencadenado todos los instintos dormidos, la fiebre belicosa, siempre dispuesta á hacer hervir la sangre del franc3s, el ignorante desd3n al extranjero, y, dig3monos las verdades á la cara, la infatuaci3n de s3 mismo, defecto enteramente franc3s y pernicioso defecto. «¡El Rhin, queremos el Rhin!...» se gritaba por doquier. Y Karl Vogt pod3a con su sutileza hacer notar que muy poca gente de Francia, de aquella gente que tal reclamaba, sab3a exactamente por d3nde corre, d3nde est3 su origen y d3nde su embocadura. Mas todo hab3a terminado: hab3ase lanzado el llamamiento á las armas. El imperio pon3a en libertad la *Marsellesa*, pidiendo á la rep3blica los himnos para conquistar laureles á C3sar.

Al salir de la sesi3n de 15 de Julio, se anunciaba ya que las tropas hab3an recibido la galleta, las cartucheras y los efectos de campaa. Repet3ase que hac3a dos d3as que la artiller3a de la guardia imperial se ejercitaba en el manejo de las ametralladoras. Los oficiales de la guardia m3vil recib3an orden de partir. El general Le Bœuf dorm3a en el castillo de Saint Cloud. Se repet3a que en todos los puertos reinaba la m3s grande actividad. Nadie dudaba que Francia pudiese dejar de hallarse preparada para aquel terrible duelo.

Los soldados de Jena est3n dispuestos.

Entretanto, toda la Europa se hab3a conmovido.

Inglaterra, Austria 3 Italia procuraron al principio, por medio de una acci3n combinada, hacer retardar la declaraci3n de guerra.

Despu3s de la sesi3n del d3a 15 de Julio, lord Grandville mand3 á lord Lyons que presentase al se3or de Gramont una nota confidencial en la cual se encontraba desarrollada la nota siguiente:

«Que la Francia, dec3a, retire todas sus exigencias para con la Prusia, y que el Rey de Prusia acceda de propia voluntad á lo que la Francia le ha pedido.»

El se3or de Gramont se limit3 á contestar á lord Lyons: «Ruego á lord Grandville que retire su proyecto.»

De esta suerte Bismark, aprovechaba como h3bil diplom3tico el papel que la errada conducta de los ministros franceses le hac3a representar ante la Europa.

»Esos ministros, dec3a Bismark en el Parlamento alem3n el d3a 20 de Julio, se han guardado muy bien de ceder á las instancias de unos pocos miembros de la oposici3n de Par3s, que conservaron su lucidez de esp3ritu, y presentar el documento en cuesti3n. (*Escuchad, escuchad.*) Todo el edificio, y mayormente la base de la declaraci3n de guerra, se habr3a derribado, si los representantes nacionales hubiesen tenido conocimiento de ese pretendido documento y sobre todo de su forma (*¡Es cierto! ¡Bravo!*) No era un documento sino un telegrama lo que serv3a de informe.»

Si cre3an los franceses y aun el mismo Napole3n que Alemania se dividir3a cuando se tratase de empe3ar una guerra con la Francia, iban completamente engañados.

Y tal vez por creerse m3s fuerte, quiz3s por presumir segura la victoria, insist3a m3s y m3s en romper las hostilidades.

Per3 todas las naciones, la Europa entera, que comprend3a las ideas de los franceses y su exagerado envalentonamiento, estaban inclinadas en favor de Prusia, moralmente por lo menos.

Y esto se comprend3a perfectamente; esta actitud parec3a la m3s l3gica, porque ¿qu3n no hab3a de desear que en la contienda pr3xima quedase abatida la naci3n que con arrogancia se met3a en los negocios de las otras potencias, queriendo ser como la absoluta due3a de Europa?

¿A qu3n se ocultaba que, dado el car3cter franc3s, si la Francia sal3a victoriosa, no conocer3a l3mites su infatuada ingerencia en los negocios de las potencias extranjeras?

Y en prueba de lo que acabamos de decir, como corolario de lo que dejamos consignado, tomamos íntegro el documento franc3s dirigido al rey de Alemania, en el que se hac3a la declaraci3n de guerra.

Dec3a as3:

«El infrascrito Encargado de negocios de Francia, conform3ndose á las 3rdenes de su Gobierno, tiene la honra de poner la comunicaci3n siguiente en conocimiento de S. E. el Ministro de Negocios extranjeros de S. M. el rey de Prusia:

»El Gobierno de S. M. el emperador de los franceses, no pudiendo considerar el plan de elevar al trono de Espa3a un pr3ncipe prusiano, sino como empresa dirigida contra la seguridad territorial de la Francia, se ha visto colocado en la necesidad de pedir á S. M. el rey de Prusia la seguridad de que semejante combinaci3n no podr3 realizarse con su consentimiento.

»Como S. M. el rey de Prusia se ha negado á dar esta seguridad, y, al contrario, ha declarado al embajador de S. M. el emperador de los franceses, que para tal eventualidad, lo mismo que para cualquier otra, deseaba reservarse la posibilidad de consultar las circunstancias; El Gobierno imperial ha debido ver en esa declaraci3n del Rey una segunda intenci3n que amenazaba á la Francia á la vez que al equilibrio europeo. Esta declaraci3n se ha agravado m3s todav3a con la notificaci3n hecha á los Gabinetes, de la negativa de recibir al embajador del Emperador y de entrar con 3l en otras explicaciones.

»En consecuencia, el Gobierno franc3s ha juzgado que ten3a el deber de atender sin demora á la defensa de su dignidad y de sus intereses perjudicados; y decidido á tomar al efecto todas las medidas que la situaci3n en que se le ha puesto reclama, se considera desde ahora en estado de guerra con Prusia.»

Tal fu3 la famosa declaraci3n de una guerra sin ejemplo en la historia. Nunca un provocador insolente, infatuado, desde3oso del enemigo, se llev3 tan terrible lecci3n. La Francia toda y Par3s en particular, salvando siempre algunas honrosas excepciones, parec3an presa de una calentura en que hasta las palabras se le antojaban de distinto sentido que el genuino. Varios obreros fueron atropellados en el boulevard de los Italianos, por haber pasado gritando: «¡Viva la paz, viva el trabajo!» Hasta los Tribunales tomaron cartas en el asunto, y varios ciudadanos fueron llevados á la c3rcel por haber proferido aquel grito que no se vacil3 en apellidar *sedicioso*.



Mas el pueblo, que es quien pierde en estas cosas, porque pierde su sangre, protestó á despecho de todas las fábricas de patriotismo, y dirigieron varios obreros un manifiesto de protesta á los «trabajadores de Alemania,» quienes á su vez contestaron de una manera digna y enérgica, condenando la *contienda fratricida* que iba á empeñarse y enalteciendo la virtud, la bondad de la paz que permitía las benéficas contiendas, las prósperas luchas de la prosperidad, la guerra del trabajo para bien de la humanidad.

Después de haber tenido desterrada por tantos años como si fuera una facciosa, dice un historiador de nuestros días, se perdonó á *La Marsellesa*: «Podéis autorizar esta canción, telegrafíaba de Saint-Cloud el día 15 de Julio el secretario particular del Emperador al ministro de Bellas Artes en París. *El Emperador me encarga decirlo así. Bueno será sin duda que antes prevengáis al prefecto de policía.*» Dos días después se expedían telegramas del Ministerio de Gobernación á los prefectos: «Podéis dejar cantar *La Marsellesa en los cafés de canto.*» Y el pueblo francés, calenturiento, frenético, embriagado de patriotismo, y dispénsenos el lector esa que parece profanación de la palabra patriotismo, porque el patriotismo no debe ser nunca locura, como no es amar el vértigo brutal que iguala al hombre con el ser irracional; embriagados, decimos, los franceses de orgullo nacional, de amor propio exaltado hasta el paroxismo, clamaban á voz en cuello la guerra; y por todas partes se gritaba: «¡A Berlín! ¡A Berlín! Con algunas escobas vamos á barrer á los prusianos de su propia capital.» Y hubo tiendas que se cerraron, poniéndose á guisa de anuncio cartelones en que se leía con grandes caracteres: «¡Cerrada hasta la toma de Berlín!» Y todavía hubo otras mil diabluras tan necias ó más que estas. Aquello no era patriotismo, ya lo hemos dicho; era locura, vértigo, el *delirium tremens* del amor propio.

Habíase puesto en marcha el ejército francés en demanda de la frontera. Napoleón, después de dar varias proclamas en que si no se justificaban los motivos de la guerra, porque esto era imposible, se exaltaba el frenesí, llegó á Metz y mandó publicar esta proclama: «Soldados: Vengo á ponerme á la cabeza de vosotros para defender el honor y el suelo de la patria. Vais á combatir con uno de los mejores ejércitos de Europa; pero otros que valían tanto como él, no han podido resistir vuestra bravura. Lo mismo sucederá ahora. *La guerra que comienza será larga y penosa*, pues tendrá por

teatro *lugares erizados de obstáculos y fortalezas*; mas nada es superior á los esfuerzos constantes de los soldados de Africa, Crimea, China, Italia y Méjico. Una vez más probaréis lo que puede un ejército francés animado de los impulsos del deber, sostenido por la disciplina, inflamado por el amor á la patria. Sea cual fuere el camino que tomemos, fuera de nuestras fronteras, encontraremos las gloriosas huellas de nuestros padres. Nos haremos dignos de ellos. La Francia toda os sigue con ojos ardientes, y el Universo tiene la vista puesta en vosotros. De nuestro triunfo depende la suerte de la libertad y de la civilización. Soldados, cumpla cada cual con su deber, y el Dios de los ejércitos estará con nosotros.—Napoleón.»

Hemos subrayado las anteriores palabras de esa proclama para llamar sobre ellas la atención, puesto que en cierto modo reproducían el eco del desaliento que había cundido por el ejército desde que se pasó la primera exaltación, la embriaguez de la declaración de guerra. En efecto, desde los primeros pasos dados por el camino de la lucha, se apareció á los ojos del ejército la triste, la terrible, la espantosa verdad. Se creían preparados los soldados y no lo estaban. No había plan, organización, ni recursos. Por todas partes reinaba el desorden, el fraude ó la incuria. Y aquella vez suponíase, con el temor que vislumbra la realidad, que tenían que medirse los franceses con un pueblo que nada abandona al azar, en quien todo, hombres y cosas, era escrupulosamente inspeccionado, inquirido, estudiado, dispuesto de manera que se obtenga con la posible rapidez el mayor éxito posible.

Las armas francesas eran muy exiguas para luchar con las aliadas de Alemania, pues al primer indicio de guerra, las diversas naciones germánicas habían formado un solo pueblo, un solo ejército. A pesar de que los hombres políticos que conocían á fondo la Alemania habían anunciado de larga fecha semejante resultado; los franceses no quisieron escuchar nada; ¡ni siquiera quisieron saber por qué razón, por qué fundado motivo hacían la guerra. Encontráronse, por lo tanto, éstos desde el principio con doscientos cincuenta mil hombres á lo sumo contra más de un millón, de los cuales podían entrar en seguida en campaña unos seiscientos mil, precedidos y flanqueados de mil quinientas piezas de artillería.

«Para hacerles frente, dice un escritor francés, para hacer número, nuestro ejército extendía sus líneas ó lo largo de la frontera; mas aquello no

era, por decirlo así, más que un cordón humano sin fondo ni fuerza, que el primer ataque serio del enemigo, había de romper fatalmente. La lógica exigía que se agrupase en uno ó dos cuerpos nuestro ejército y que se entrase en Alemania con esas sólidas cuñas, ó que se detuviese en la frontera como una falange defensiva; pero bien se había de aparentar una entrada en Alemania, como se nos permitía, por una extensión de varias leguas. «Si los franceses no están delante de Maguncia antes del 25 de Agosto, había dicho Moltke, no estarán jamás». Su predicción, ó mejor dicho, su percepción clara de las cosas se realizaba, y Bonaparte, que comprendía la verdad de tales palabras, se

desolaba en Metz en tanto que la opinión parisiense, febril, nerviosa, impaciente, repetía, como lo insertaba uno de los periódicos que más la halagaban: «Pero ¿qué esperan? ¿qué hacen? A este paso no estaremos en Berlín antes del día 15 de Agosto.»

Si, prisioneros estuvieron muchos franceses en Berlín ya en aquella fecha; ¡qué de sarcasmo no merecerían esos arranques de necia presunción, si la desgracia no inspirase lástima! De todos modos, la verdad es que Francia era culpable, porque Francia, á la par que progresaba en civilización, haciendo mal uso de esto, iba degenerando, y á trueque de vivir bien, entre comodidades y placeres, todo lo olvidaba, todo lo descuidaba, impor-



EL GENERAL GUILAY

tándole poco que le mandase éste ó aquél, de este modo ó del otro modo. Además, conviene recordar que se tiene en general mala idea de Francia, porque se juzga de ella por lo que es París, su centro, su cabeza, su cerebro, como se ha dicho; y ya que así se la califica, cumple notar que este cerebro, esta cabeza se desarrolla, vive y funciona en detrimento de todos los miembros restantes, que quedan relativamente flacos, extenuados, atrofiados por carecer de la necesaria substancia que aquél absorbe. Francia, pues, era más culpable de lo que parece, por su desidia, por su afán de comodidades; sin curarse de una prosperidad bien cimentada, se había abandonado en manos de un hombre

incapaz de la elevada misión que se le confiara, de un hombre que corrompía á la Francia para mejor dominarla á su antojo; y bastó que ese hombre quisiera la guerra para que sus vasallos aprobaran á ciegas su determinación. Muchas otras eran las causas morales de aquella incuria, de aquella degeneración que indicamos, mas no es propio de la índole de nuestro trabajo extendernos en consideraciones conducentes á tal objeto.

Con una embriaguez que Francia pagó muy cara, todos los pueblos mandaban felicitaciones y aclamaciones al autor de tan nefasta guerra. Una de las primeras manifestaciones de ese linaje fué la del Consejo municipal de Wisemburgo. ¡Wisembur-